

Se entroniza de paso a la mentira, que compañía del brazo a la frivolidad puesto que son dos pequeñas pasiones inseparables. Y los periódicos, los libros, las revistas, ofrecen sus blancas páginas para estampar la prosa que las ensalza y las eleva. Los hombres que escriben se ofrecen para cumplir esta misión. Pierden su personalidad, y la pluma que acaso un día supo romper lanzas en pro de una idea, se ensucia, se mancha con la baja adulación a lo imperfecto. Pasado algún tiempo, no mucho, aquella pluma es maestra en motivos fútiles, en nonadas, en cantar la decadencia a que ellos mismos han conducido al mundo.

A través del tiempo ha habido épocas así con frecuencia. Pero nunca fué mucha su duración. Actualmente, si se hubieran aprovechado las lecciones del pasado, este fenómeno no hubiera tenido razón de ser; es absurdo, es incomprensible observar su existencia, como lo es también advertir su larga duración.

Toda la literatura actual está influenciada por la corriente frívola. En vano es hojear los libros, buscar impacientes las revistas, desdoblarse los periódicos. Encontraremos por doquiera la pasión extraña que todo lo domina y lo invade. La frivolidad ha llegado a todas partes. Ya no es sólo en la vida, en las costumbres. Ha fincado también en el pensamiento. Quizá sea esto un síntoma de degeneración.

Hace falta poner una valla a esa corriente que todo lo deprecia, lo rebaja y lo agota.

Exaltemos nosotros, como siempre, nuestras bellas idealidades, dejemos volar nuestro pensamiento, hagamos cada día un poco de gimnasia cerebral. Que nazca, que germine en nuestro bello jardín, a cada momento una flor nueva. Con puñados de estas flores anárquicas, construyamos la valla. Así no llegará a nuestro campo la frivolidad.

DIONYSIOS

DOS VIEJOS ARTICULOS

Que reproducimos porque viene a cuento recordarlos, a condición, empero, de que los camaradas todos mediten serenamente lo que vamos a decir. En efecto, dos hechos sobre todo se presentan actualmente a nuestra observación. En primer lugar tenemos el de que ciertos procedimientos puestos en práctica por unos cuantos sedicentes anarquistas, han despertado y reavivado la enemiga de buena parte de la intelectualidad burguesa hacia nuestros ideales. Se ha dado pretexto a nuestros adversarios para que dijeran de las personas lo que colectivamente no somos y de las ideas lo que nunca han sido, es decir, aquéllas unas malvadas, éstas elucubraciones de cerebros desequilibrados. Queriendo o sin querer, se presenta al anarquismo y los anarquistas todos de tal modo desfigurados, de tal modo capaces de todas las ignominias, de tal modo capaces de todos los desenfrenos, que precisa salgamos desafiando entuertos de propios y de extraños. Para defenderlos de los extraños, viene a cuento el artículo del camarada Mella, señalando la mala fe adversaria, en lo que actualmente tenga de exageración en su capítulo de cargos contra el anarquismo, y lo que en materia de ideas debe decirseles. De los desaciertos de los propios hemos dicho ya en anteriores números lo que debíamos decir. No obstante, incansables, y por sí nuestras razones hubiesen sido ineficaces, tenemos en prensa un notable y extenso folleto del camarada italiano Luis Fabbrì, titulado *Influencias burguesas sobre el anarquismo*, que, aplicable en gran parte a nuestra época, aunque escrito en 1907, creemos contribuir eficazmente para rectificar sentimientos, ideas, procedimientos y conductas defectuosas de buena parte de los nuestros, rectificaciones altamente necesarias si queremos realmente hacer una labor proselitica positiva que nos reconquiste la atención y la consideración de las masas, obreras o no obreras, a las que tenemos el deber y el interés de exponerles y convencerles de la bondad de nuestras ideas. Sobre este extremo, la obra serena, desapasionada, de crítica severa, lógica, irrefutable, del camarada Fabbrì; señalará los desaciertos y las desviaciones en que hayamos incurrido, y puntualizará el verdadero alcance de nuestra doctrina para que no sea por parte de adversarios objeto de nuevas desfiguraciones que influyeron en aquellos desaciertos.

Y tenemos, por otro lado, que, debido a recientes acontecimientos político-sociales, y por temor a una posible caótica actuación de la rebeldía por la rebeldía, esta misma burguesía liberal que nos presenta como unos desalmados y unos inorgánicos a los ojos de sus lectores u oyentes, ensalza, adula, mima, pone hasta en las nubes la eficacia del socialismo político, de este reformismo que no es toda la igualdad, que no es toda la justicia, que no es toda la libertad a que los hombres tienen derecho; socialismo reformista que la burguesía liberal, con la complicidad más o menos consciente de los socialistas demócratas, patrocina con el fin de reducir y anular la actuación del socialismo integral. El empeño no es nuevo. El camarada Prat lo señaló ya en el artículo que reproducimos. No subrayaríamos este empeño si tuviéramos confianza en la sinceridad de los propósitos reformistas de la burguesía, porque este reformismo sinceramente llevado a la práctica sería la mejor crítica que podría hacerse de su ineficacia como etapa y como finalidad socialista. Lo subrayamos porque lo consideramos una mixtificación que nos pone en el deber de hacerle, no una cruda guerra de palabras vociferantes y de actuaciones violentas, sino una intensificación de nuestra propaganda doctrinal entre la masa obrera.

Doble es, pues, la labor que nos imponen las actuales circunstancias. Por un lado, expurgar de nuestro campo las filtraciones de las teorías, de los sentimientos y de los intereses burgueses; por otro lado, exponer con toda sencillez y claridad los principios socialistas-anarquistas. Para la primera labor debemos estar atentos a nosotros mismos, no dejándonos llevar por impulsividades irreflexivas, por sugerencias del medio, por pasiones antisociales. Para la segunda labor, no nos falta buen material en libros y folletos que deberíamos diseminar lo más posible entre gentes que del socialismo y del anarquismo no saben más que lo que de ellos han tergiversado sus adversarios. Esta labor educativa del libro y del folleto debemos ponerla en primer término: no affidamos tan sobrados de teóricos para que podamos confiar solamente a nuestros periódicos la doble tarea de renovarnos y de exponer nuestros ideales. Aún estamos a tiempo de reaccionar y de recuperar el tiempo perdido en actuaciones ineficaces. Aprendamos y enseñemos a un mismo tiempo.

Tolerancia

La ignorancia de unos y la mala fe de otros; la estultez burguesa y la truhanería gubernamental; la indignidad de ciertos demócratas y de ciertos socialistas ha creado alrededor de los anarquistas y de sus ideas la más estúpida de las leyendas y la más caótica de las confusiones.

Para unos, los anarquistas son polizontes y agentes provocadores o locos y delincuentes; para otros, son soñadores inofensivos; para muchos, simples vividores sin pudor y sin vergüenza.

Las ideas apenas son reconocidas como tales; y las más de las gentes las tienen por engendro nefasto del crimen y del encanallamiento.

Algunos hombres de sentido común y sobre todo de sentimientos honrados, nos hacen la justicia, no obstante, de reconocer la beligerancia como luchadores por un gran ideal y de estudiar y hasta encarecer nuestras aspiraciones sociales.

Y se da un fenómeno extraño. Domina la falange de brutos y de tanantes que vociferan contra nosotros por la minoría honrada que nos busca y nos estudia, se ve a diario que aquellos que nos tildan de jesuitas, por ejemplo, son los primeros que solicitan nuestros trabajos o publican en sus periódicos libros y composiciones de anarquistas de otros países; que aquellos que se desatan en improperios contra la anarquía padecen la obsesión de esta idea y no pasa oportunidad sin que saquen a plaza; demostrando con ello que, a su pesar, leen y releen nuestras pobres obras. Y algunos; en fin, burgueses hasta la médula, creen llegado el caso de lanzar contra nosotros a la masa socialista, acogiendo cariñosos a sus directores para que levah de contrapeso a la influencia creciente de estos desdichados locos que tienen la virtud de permanecer impasibles ante todas las acometidas.

Este estado de cosas ha producido de cierto tiempo acá un sinnúmero de ataques a las ideas y a los hombres, y no pasa día sin que algún mentecato lance a la publi-

cidad cualquier sandia invención de su pobre intelecto.

No hay, en fin, majadero que no se sienta llamado a despojar la incógnita de la infame anarquía.

Naturalmente, entre los anarquistas se ha producido también cierto movimiento de protesta y de indignación; y no faltan polémicas y contiendas por medio de la palabra hablada y de la palabra escrita.

¿Están justificadas? Creo que sí.

Mas, no obstante, pareceme que ni valen tanto los mastuerzos que nos calumnian ni tan poco nuestros ideales que no merezca la pena de contemplar con perfecta calma el desatarse impetuoso de esas pobres gentes a quienes la anarquía quita el sueño y hasta el apetito. Pareceme que bien podríamos hacer de ellos el caso que la luna hace de los perros que la ladrán, o exclamar compasivos, repitiendo una frase histórica: ¡Perdonadles, señor, que no saben lo que hacen!

Porque, bien meditado, nuestras aspiraciones se avienen mal con las artimañas de la política y la prensa al uso, están muy por encima de los pugilatos de partido y de secta, de capilla y de dogma, superan con mucho a esas mezquinas luchas por alcanzar la cucarfa del renombre; de la riqueza o del poder.

Pretendemos honradamente la posesión de la verdad y de la justicia; luchamos por el establecimiento de condiciones sociales equitativas, queremos libertad e igualdad para todo el mundo, y si bien propagamos principios generales de reconstitución social, somos espíritus abiertos a nuevas verdades y a nuevas ideas, ya que no nos encerramos en ningún dogma ni amojonamos la heredad del porvenir. ¿Qué tenemos, pues, que hacer, ni qué ver con los alquimistas de la impura ciencia de gobernar ni con los aspirantes a redentores del mundo ni con los modernos gladiadores del circo del hambre y de la gloria?

Un poco de tolerancia compasiva para ellos; un mucho de tolerancia digna, severa y justa para los hombres honrados capaces de examinar y de respetar las ideas; esto será más equitativo y más provechoso para todos.

Si nos sale al paso una calumnia, deshagámosla exponiendo sencillamente nuestras ideas; si se nos injuria respóndase con nuestra conducta levantada, a la luz del día, como entre purísimos y finos cristales a las palabras vacías de sentido y a los denuetos groseros y a las insidias insérrimas, opongamos razones de orden ideal y hechos, siempre hechos, de nuestra vida entera. Mientras no se nos pueda probar que somos ambiciosos, que tratamos de levantarnos sobre los lomos del buen pueblo, que corremos ansiosos tras una concejalla, una diputación o un ministerio; mientras por todos nuestros actos se vea que somos los servidores de una idea, sin aspiraciones de renombre, de gloria o de dinero, bien podremos ser tolerantes y respetuosos hasta con nuestros detractores.

La tolerancia acaba allí donde empieza la ambición, la soberbia, el engaño, la vanidad. Ser sinceramente tolerante equivale a ser sinceramente anarquista.

R. MELLA

1903

SOCIALISMO BURGUES

La burguesía que no transigió con el socialismo de La Internacional y puso a ésta fuera de la ley; la burguesía que no transige con el socialismo de los Kropotkine, de los Malatesta, de los Grave, de los Mella, de los Faure, de los Gori, de los Nieuwenhuis, de los Lorenzo, de los Fabbrì, de los Malato, de los Molinari, de los Pouget y de los Cornelissen, y califica a estos pensadores de «utopistas», violentos, desequilibrados y catastróficos», transige, en cambio, y mima al socialismo de los Millerand, de los Ferri, de los Jaurés, de los Bebel, de los Turati, de los Viviani, de los Iglesias, de los Guesde, de los Colajanni y de los Vandervelde, y les llama «sensatos, prácticos, grandes políticos y hombres de Gobierno». Para la burguesía intelectual, que es la que desarrolla la acción política de la burguesía propietaria y capitalista, orientando esta acción política, cuando precisa un cambio de forma que parezca progresivo, en el sentido de los intereses y perduración del privilegio que disfrutan todas las clases burguesas, el socialismo de aquella primera categoría de pensadores no es tal socialismo, sino puro caos, una regresión hacia la barbarie, y el socialismo de la segunda categoría de pensadores dipútanlo como una posibilidad de progreso que acabe con la guerra social, trayéndonos la consiguiente felicidad. Y lo bueno es que, a pesar de esta distinción que hace la burguesía, la finalidad social de ambas escuelas socialistas —colectivista estadista y comunista anarquista—es, o era, en sus primitivos programas al menos, la misma, o sea: socialización de la tierra, de las primeras materias, de los instrumentos del trabajo y medios de transporte, lo que equivale a una total expropiación de la burguesía.

¿Por qué, pues, esta preferencia burguesa por una determinada escuela socialista? Digámoslo de una vez bien claro y bien alto: porque la burguesía inteligente no siente ya ningún temor ante el actual socialismo de cátedra de los socialistas «científicos» que han arrinconado el programa máximo socialista por un programa mínimo democrático y que en fuerza de querer ser prácticos han relegado aquella finalidad social—común a ambas escuelas—para las Kalendas griegas, y siente temor, al contrario, ante ese socialismo que pudiéramos llamar de la calle, del pueblo obrero que mantiene bien alta la bandera primitiva no manchada por las filtraciones de las doctrinas burguesas que desdeña el anodino reformismo de los «prácticos» por no contener ya nada del socialismo de La Internacional.

En efecto: este pseudo socialismo que reniega la *lucha de clases* que preconizaron La Internacional y los primeros socialistas (y que continúa preconizándola la escuela socialista-anarquista), y la sustituye por una *colaboración de clases*—son palabras textuales de los socialistas gubernamentales—que desvirtúa el antagonismo de los intereses económicos; este socialismo que califica de *socialización las municipalización y estadización* de ciertos servicios públicos (un capitalismo de segunda mano) que dejan subsistentes el capitalismo y la propiedad privada; este socialismo que, olvidando se de que la burguesía tuvo que apelar a la violencia para poder emanciparse del «feudo» y olvidándose asimismo de que la burguesía se ha armado hasta los dientes, tanto para satisfacer sus ambiciones de conquista y de expansión colonial como para contener la inevitable revolución social, reputa el inofensivo sufragio universal como medio excelente de emancipación obrera y castra la que podría ser enérgica *acción directa* del proletariado inoculándole el vaciuis de la intermediación política que somete al trabajador a eterno tutelaje; este socialismo que no quiere ver que la «ley de bronce del salario» anula a la corta o a la larga todas las pretendidas ventajas del reformismo, este socialismo, repito, no es, en realidad, socialismo, sino pura democracia burguesa; no es el socialismo de los Marx y de los Bakounine de La Internacional, no es el socialismo del Manifiesto de los Comunistas, y contra esta democracia socialista de los que diciéndose discípulos de Marx no son marxistas, han hecho muy bien en rebelarse siempre los socialistas-anarquistas y ahora los socialistas-sindicalistas que optan por la acción autónoma del proletariado en una doble lucha contra el Capitalismo y su defensor el Estado.

La democracia—expresión política de los intereses económicos de la burguesía—se está volviendo socialista aparentemente para matar el socialismo. Esto no saben verlo los obreros socialistas de buena fe que creen en la virtualidad de una «demo-

cracia-socialista» que es demócrata, pero no socialista, que representa intereses burgueses, pero no intereses obreros. El solo hecho de que la burguesía diga pestes del anarquismo—que es socialismo—y entone alabanzas al socialismo de Estado, debería ser suficiente para abrir los ojos del trabajador y hacerle comprender que la democracia social, o en otros términos, que el socialismo gubernamental, eleccionístico y parlamentarista; reformista, no es un peligro para la burguesía, sino para el proletariado, cuya emancipación integral quedaría aplazada indefinidamente.

Y de hecho, no es un peligro para la burguesía. Sus intelectuales, que a veces tienen momentos de sinceridad, cuando no son sinceros por despecho, comienzan a reconocerlo así. «Sin abdicar de las doctrinas colectivistas—decía días hace *El Diluvio*—los socialistas quedan incapacitados para gobernar... Ocupa un asiento ministerial Viviani; lo ha ocupado Bannerman; pero no con el objeto de realizar uno y otro sus ideales colectivistas, sino con el de MIXTIFICARLOS». Y esto es precisamente lo que la escuela socialista-anarquista dice a los socialistas de Estado: yendo en pos de la conquista del poder político con el que sueñan—vuestras personales ambiciones, mixtificáis el socialismo y acabáis dejándoos conquistar por los intereses económicos de la burguesía, dejáis de ser socialistas y os convertís en demócratas burgueses. La etiqueta socialista es lo de menos. El revolucionarismo del programa de nuestros antecesores se ha vuelto evolucionista al modo de la escuela positivista burguesa, la «vieja lucha» de clases se ha transformado en una teórica fusión de clases que oculta al trabajador el innegable antagonismo de los intereses de clases, la acción directa del proletariado se detiene ante la urna electoral que fabrica nuevos amos políticos, el reformismo político-económico de este pseudo socialismo no ataca la raíz del privilegio y del monopolio de la posesión. Todo esto no es socialismo; es democracia. Ni siquiera tendríamos necesidad de descorrer el velo que cubre esta mixtificación si el gran babieca no se llamase multitud. La misma burguesía nos ahoraría este trabajo con sus confesiones y sus preferencias.

Kropotkine tiene razón: se impone una revisión de las doctrinas que actualmente pasan por socialistas. Esta revisión la comenzaron ya tiempo atrás el holandés Nieuwenhuis y el ruso Tcherkesoff y no dudamos que los teóricos del proletariado, para desengaño de los trabajadores víctimas de esta desnaturalización del socialismo, víctimas de este socialismo pretendidamente científico que relega la lucha económica—que es lo que interesa al proletariado—a un plan secundario, y concede la prioridad a la lucha política, como si no la determinasen los intereses económicos, porque esto es lo que particularmente interesa a los intelectuales con etiqueta socialista.

Pero de momento lo que mayormente interesa al proletariado es atajar el paso a las nacientes ambiciones personales de esta juventud burguesa recién salida de las aulas que, deseosa de notoriedad y no ignorando que el republicanism pierde terreno entre las masas obreras, se titula socialista y se cuela en el campo obrero con el oculto propósito de expropiarlo. Es necesario que el proletariado diga a todos estos juvenetes que andan equivocados. Al pueblo obrero debe ayudársele desinteresadamente, sin pedirle votos ni aplausos, ni jefaturas que pueden ser lucrativas y transformarse en tiranías; sin hacerle servir de taburete para escalar los altos puestos de la política o de la posición social burguesa. El proletariado tiene una piedra de toque para aquilatar el desinterés y la convicción de los hombres: escúchales atentamente, pero sin encumbrarles con sus aplausos o con sus sufragios. Póngaseles a prueba. Si son de buena fe continuarán prestándole el concurso de su pluma o de su palabra; pero si una ambición particularista les lleva a nuestro campo proletario; ellos mismos lo desertarán cuando vean que están verdes. Cuidado.

JOSÉ PRAT

Algo sobre moral

La sociabilidad es instinto ingénito y común a los seres animados conformadores de la escala zoológica en sus diversos grados. El hombre es, pues, un ser sociable, por ese sentimiento inherente a su naturaleza que le inclina al placer y a esquivar los motivos de dolor. Los sentimientos de conservación y reproducción, eje de la existencia, aconsejan la sociabilidad; alejan del aislamiento sopena de anodonación del individuo.

En el trato con sus semejantes encuentra la fuente de múltiples sensaciones, agradables o enojosas, es cierto, mas predominando las primeras con evidencia, puesto que a todos place la sociabilidad, pese a los inconvenientes que suelen acompañarla.

La moral social es la necesidad de un principio básico racional que garantice el buen acuerdo en la vida de relación; la norma general de conducta que permita a cada individuo el pleno disfrute de la vida en sus infinitas modalidades sin que ni uno sólo se sienta lesionado el derecho a ese goce.

Por la manera como la Humanidad se conduce en el momento histórico presente, cabe presumir que está atravesando una de las primeras etapas de su existencia; asistimos a la infancia de una raza que, parecida a la de cada uno de sus componentes, se caracteriza por la ausencia de reflexión y de razonamiento. Desconociendo unos y desentendiéndose otros de los sencillos principios de moralidad, los humanos dan libre entrada en el seno de sus sociedades a la mutua discordia con su cortejo de calamidades: intereses contrapuestos, explotación del hombre por su semejante, guerras, etc.

En el gradual desenvolvimiento de las facultades psíquicas del hombre a través de las edades, adviértese una singular falta de correlación, un desequilibrio extraño: mientras algunas van adquiriendo cada vez mayor potencia y desarrollo, otras quedan rezagadas, inac-